Globethics Repository



Las buenas obras de los justos
[The good works of the righteous]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Janse, Anthëunis
Publisher	Fundación Editorial de Literatura Reformada (FELIRE)
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-11-09 13:14:05
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/197385

CAPÍTULO IV

LAS BUENAS OBRAS DE LOS JUSTOS

"Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras *y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos".*

Mt. 5:16

CON ESTAS PALABRAS inició el Señor Jesús aquella parte del Sermón del Monte en la que hizo hincapié en la vida de los discípulos, la cual debía aparecer muy distinta de la de los escribas y fariseos.

Nosotros preferimos no hablar jamás de buenas obras ni de paga o recompensa. En el Catecismo de Heidelberg se habla bastante de esto, y mucho más aún en la Biblia, pero los hombres, por lo general, no oyen con gusto hablar de este tema.

Hablar de la "impotencia" de los cristianos es ciertamente más soportable al cristiano inconverso que la predicación de Jesús acerca del sarmiento que, como no lleva fruto, será arrojado al fuego (Jn. 15:2 y 6, y Mt. 7:21).

Cuando las Sagradas Escrituras describen a "los jus-

tos", también nos indican muchas veces, y como de pasada, las buenas obras del pueblo de Dios.

De cada hijo de Dios se podría dar una descripción detallada de lo que se trata en la vida de su alma con respecto al Señor.

Pero las Sagradas Escrituras no lo hacen de esa manera; sino que dicen: y Abraham creyó a Dios. Mas silencian aquello que acontecía en la vida íntima de Abraham cuando se fió de la palabra del Señor. Pues las vivencias del alma son distintas en cada persona. Mas, ¡sin fe, es imposible agradar a Dios!

De ahí que tampoco se nos hagan descripciones detalladas en las Sagradas Escrituras acerca de las "buenas obras" de Abraham; aunque bien es verdad que se notan en los relatos, empero en ninguna parte se mencionan expresamente como algo distintivo. Pero ahí tenemos en toda la Sagrada Escritura la predicación de que nadie verá al Señor sin santificación.

Esa santificación es diferente en cada cual, pero ella esta ahí en cada justo. Y el justo debe –según las Escrituras– no tanto verla como algo propio de la *gratitud* personal, sino como glorificación de Dios (cf. I Pedro 2:12).

Cuando las buenas obras *no* están ahí, ello no obedece a una falta de gratitud solamente, sino que además el Nombre de Dios es blasfemado por causa nuestra.

1. Paga o recompensa por las buenas obras

> *"Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres... de otra manera no tendréis recompensa.*
> *Y cuando ores, no seas como los hipócritas... de cierto os digo que ya tienen su recompensa.*
> *Cuando* ayunéis, *no seáis austeros... de cierto os digo que ya tienen su* recompensa.
> *Haceos tesoros en el cielo".*
>
> *Mt. 6:1, 5, 16 y 20*

El Señor Jesús pide a Su iglesia –y también a la si-

miente de la iglesia en los colegios– una justicia *más abundante* que la del mundo (escribas y fariseos). Jesús no se ocupa de blanquear por fuera los sepulcros, sino de dar *vida* a los huesos muertos. Y esto es lo que Él también exige de Su Iglesia. Y esta exigencia es tan contundente, que Él nos estimula a hacer aunque fuera lo más extremo.

Quien ha sido mordido en un dedo por una serpiente y se halla ante la decisión de cortar la mano o morir, escoge valientemente, en su necesidad, lo *imposible*: cortarse la propia mano. Quien llega a estar ante las exigencias de Jesús, también procede a "cortarse las manos', a hacer verdaderas buenas obras que desentonan con nuestra "naturaleza" corrompida. Y quien no pueda hacer esto, que lea su propio juicio condenatorio en Mateo: 5:29–30. Uno de los principales distintivos de esta justicia, de estas buenas obras, es que son hechas de un modo *normal*, libres de todo engreimiento, con espontaneidad y carentes de todo deseo sensacional.

El héroe cinematográfico, que corta su falsa mano (aparentemente) se siente objeto de admiración; pero cuando alguien se encuentra en la verdadera necesidad de hacerlo en su propia carne, entonces no se piensa en suscitar algo sensacional, porque el asunto es demasiado grave como para pararse a pensar en tal cosa.

Ahora bien, la propia justicia, que no era auténtica, y la justicia de los discípulos de Jesús referente a *limosna, oración y ayuno* son medidas o probadas según esta regla.

La *verdadera* o auténtica justicia y la justicia sensacional precisamente se diferencian tanto como la limosna hecha para ser vistos de los hombres y la limosna que se da espontáneamente por la limosna misma, y que se hace secretamente. Se diferencian tanto como la oración hecha para ser oídos por los hombres y la oración a Dios en secreto, que es de lo que se trata al hacer oración.

Se diferencia tanto como el ayunar para ser vistos, y el ayunar para Dios secretamente.

Pero como nosotros siempre estamos inclinados a las bonitas apariencias, a lo sensacional, etc, por eso es tan frecuente que nos demos tan poca cuenta de aquella justicia mucho más abundante y verdadera del pueblo de Dios. La limosna secreta, la oración callada, el ayuno oculto

y contrito por los pecados, no los echamos de ver en otras personas.

Y de ahí que frecuentemente juzguemos con tanta severidad a la iglesia, a la gente joven y a los niños. Lo que *vemos*, normalmente lo atribuimos a lo sensacional, y lo que *no* vemos, no nos atrevemos a creerlo.

Abstengámonos, pues, de juzgar; preocupémonos de nuestra propia vida; y quien *no* tenga una justicia más abundante, tema y calle acerca de los demás; y quien ciertamente puede notar en sí mismo esa justicia más abundante, que comprenda que el Señor se la dio *como miembro de Su iglesia*; lo cual encierra que también los demás miembros de la iglesia han recibido lo mismo en mayor o menor medida, pero siempre más abundantemente que el mundo.

Es, asimismo, en muchos casos una señal de estupidez, fatuidad y falta de propia justicia cristiana, si se alaba al mundo por su justicia y en la iglesia no se ven muchas cosas buenas. Naturalmente hay casos en que la sal se vuelve insípida. Elías pudo lamentarse: –Yo soy el único (justo) que queda. ¡Pero también él se quejó sin razón, pues aún habían allí 7.000!

La justicia sensacional recibe su recompensa: honor de parte de las gentes, por la gran limosna, por la bonita oración, por el rostro demacrado a causa de ayuno; honor acerca de los hombres: ésta es la recompensa. Por eso comenzaron aquellas obras y esa recompensa recibieron; y con eso se sintieron satisfechos; no desearon nada más; tenían su recompensa.

Mas la auténtica y más "abundante" justicia de la limosna oculta, de la oración a solas, del ayuno escondido –esta justicia de los hijos de Dios no tiene nada que ver con lo sensacional y el honor de los hombres. Los justos sólo a Dios refieren sus obras; y por eso, ya ahora reciben – ¡oh milagro de gracia!– *recompensa por esa justicia*.

Pero ellos se llaman a sí mismos esclavos inútiles. Y reciben una gran recompensa.

Servir a Jesús no es pesado.

Su exigencia de una justicia auténtica, espontánea, secreta y más abundante, no es una demanda dura para Su pueblo. Él *puede* pedir mucho de nosotros.

Y al agradecimiento por la salvación obtenida mediante Su sangre aún se puede añadir el deseo de la recompensa que Él nos prometió por la auténtica limosna, la oración verdadera y el ayuno sincero.

Así es como con nuestra justicia cristiana reunimos tesoros en el cielo (Mt. 6:20).

Porque el pueblo de Dios lleva frutos, hace obras buenas y recibe recompensa por ello; quien más, quien menos.

Antes bien testifica así: ¡Oh si aún pudiese ser más abundante! Esto es algo que todos los hijos de Dios asentirán contigo. Por esto obliga a la oración, al ayuno y a las buenas obras, y concede recompensa si es auténtico.

Si esta convicción no es sincera, entonces se engríe en sí misma, y has de aceptar plenamente la recompensa de frases piadosas que no tienen sentido, provenientes del mundo y de pobres piadosos que en esta materia no han entendido las palabras de Jesús, aunque Él se expresó muy claramente. Así que ésa es tu recompensa.

Sólo por gracia de Dios, las limosnas, las oraciones y ayunos nos dan tesoros en los cielos. De manera que por esas justicias, puedes *recoger* esos tesoros.

Y los hijos de Dios *se hallan* ocupados en reunirlos; frecuentemente sin que ellos mismos lo sepan. Jesús dijo abiertamente: –Reunid tesoros en el cielo.

Si pensásemos un poco más en esto, mucho mejor nos podríamos desprender de la justicia sensacional, la cual proporciona tan pobre recompensa.

También en las escuelas deberíamos deshacernos mucho más de esa justicia mundana, y hacernos más abundantes en la verdadera.

Aquellos que con sencillez oran *verdaderamente* a Dios en la escuela, y *sinceramente* hacen el bien, y "les preocupan" *de veras* el pecado y la miseria en la vida del niño, de manera que a veces están tristes y se temen lo peor, éstos recibirán recompensa, aunque ni el mundo, ni incluso la iglesia les conozca. Pero Dios ve en lo secreto; y lo recompensará en público.

2. Reunir tesoros en el cielo

> *"No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan, sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan".*
>
> *Mt. 6:19–20*

Reunir tesoros en el cielo es algo que sólo pueden hacerlo *aquellos* de quienes Jesús ha dicho: Yo marcho a prepararos un lugar, y os llevaré conmigo, para que podáis estar donde Yo estoy (Jn. 14:3); y *también aquellos* por quienes oró así: –Padre, Yo quiero que donde Yo estoy, también ellos estén en Mí: aquellos que Tú me diste; para que *contemplen Mi gloria* (Jn. 17:24).

Los discípulos de Jesús, que son bienaventurados en la contemplación de la gloria de Jesús, que ponen sus coronas ante Él y le adoran, ya aquí en la tierra les está permitido reunir tesoros para ellos mismos en el cielo.

Los enemigos de Jesús (abierta– o encubiertamente, es lo mismo) no lo pueden hacer. Y suponiendo que les fuera posible, nunca jamás podrían llegar hasta su tesoro; a ellos no les queda otra cosa que reunir algún tesoro aquí en la tierra por un breve espacio de su vida y contentarse con esto. Ahí también hay gozo, y da ocupación (Ec. 2: 26) y honor, y tranquilidad. Sólo que ¡la riqueza es un bien tan inestable y poco duradero!

El bonito manto con el que la bisabuela alguna vez se sintió tan *rica*, es sacado del armario por la bisnieta en el día de la gran limpieza anual precisamente como su más bonito tesoro –tomándolo con la punta de los dedos–, pero con un sentimiento muy diferente. La hermosa pieza presenta algunos agujeros.

Incluso la plata vieja se ha vuelto negra; y mejor será callar de los metales innobles.

La polilla y el orín son auténticos símbolos del envejecimiento, y del paso y caducidad del tiempo y de las cosas terrenales.

Pero las riquezas también pueden desaparecer repentinamente: si llega el ladrón y el salteador. Esto ocurre

aún hoy en día; sólo que un poco de diferente manera; a lo grande. Nuestros muros son demasiado consistentes para atravesarlos; la policía vigila intensamente. Mas miles de gentes son víctimas constantes de bancos que quiebran, de mal pagadores, etc.

Los tesoros en la tierra son perecederos: el orín, la polilla, los ladrones... ¡es una verdad tan generalmente conocida y popular!

Y, sin embargo, un enemigo de Jesús no hace ningún caso de esta verdad; para él se trata de apoderarse *ahora o nunca* de esos bienes.

Reunir tesoros en la tierra, o por contra *jamás* poseer tesoros. La caducidad de los tesoros puede proporcionarle un suspiro de tristeza o una noche sin dormir de angustia, pero... ¿qué pasaría si no los tuviera? La ascética y la pobreza voluntaria parecen realmente ideales bonitos, pero... los ideales no son tesoros. Ha de escoger: Tesoros en la tierra, o... ningún tesoro. Ahora bien; éste no es el caso para los discípulos de Jesús.

Éstos pueden ser aquí bastante pobres; pueden renunciar conscientemente a los tesoros que están al alcance de ellos; incluso pueden desprenderse de riquezas obtenidas y, a pesar de todo, tener puestos sus ojos en los grandes tesoros –en el cielo.

No; ellos no tienen puesta su mirada en una especie de ideales fantásticos, como ocurre con los ascetas, los soñadores y fanáticos. No, sino en auténticos tesoros, al menos igual de reales que los hallazgos más fiables. De esto habló Jesús. Y los llamó: *tesoros en el cielo*.

Éstos no se han hecho populares. Por desgracia tampoco en la iglesia, si bien todos los piadosos se ocupan de atesorarlos, aunque muchas veces ni ellos mismos se den cuenta. ¿*Cómo* se reúnen esos tesoros?

En Mateo 5:46 (amor al prójimo), en 6:1 (limosnas), en 6:5 (orar), en 6:16 (ayunar), Jesús habla una y otra vez de paga o recompensa. Y en el cap. 6:4, 6 y 18, dice que Dios les *recompensará* por ello en público.

Los discípulos de Jesús *deben* tener más justicia que el mundo; y por esa justicia reciben un día en público el galardón, la paga o recompensa por nada, graciosa– y gratuitamente. Dios recompensará una vez las buenas obras de Su pueblo: ponerse a bien con su adversario

rápidamente (Mt. 5:25), quitarse el ojo derecho, si fuere menester (5:29), su fidelidad aunque los lazos matrimoniales se tambaleen (5:32), la sencillez de su "sí" (5:37), su benevolencia (5:39), su amor a los enemigos (5:44), sus limosnas en secreto (6:3), su oración verdadera al Señor, y no porque les vean los hombres (6:6), su ayuno disimulado (6:18), en una palabra: su "ser perfecto" en esto y en aquello (5:48). Dios les recompensará todo. Con tesoros. No pobremente, ni con medida restringida y escasa, sino con "MEDIDA BUENA, APRETADA, REMECIDA Y REBOSANTE" (Lc. 6:38).

El Señor recompensa con *tesoros* –vistos desde Su santidad infinita– nuestros pequeños y débiles comienzos de obediencia.

No; nuestras buenas obras no son "trapos de inmundicia", es decir, las llamadas buenas obras de los fariseos, y la religiosidad hipócrita de Israel en tiempos de Isaías (Is. 64:6). Y como alguien ha anotado a estos textos: "Las mejores obras son nada *fuera de Cristo*". Así es, efectivamente. Pero en el Sermón del Monte Jesús habla a Sus discípulos; y allí promete *tesoros* como *recompensa* por las buenas obras de Su pueblo.

En reacción contra la santidad por las obras de la iglesia romana, quizá hemos olvidado lo dicho anteriormente; lo cual no ha sido una ventaja para nosotros en la búsqueda de las buenas obras. De ahí, que muchos de nosotros hayamos considerado las palabras de Jesús en este texto como una especie de ideal vago, y sólo tuviéramos una leve idea del *camino* para *atesorar* esos *tesoros* en el cielo.

Sin embargo, Jesús nos ha *amonestado* a *reunir* esos tesoros; sí, incluso a dejar por ellos los tesoros terrenales, a no correr tras éstos, y si llega el caso sacrificarlos en favor y por causa de aquellos otros. Estas palabras no se parecen lo más mínimo a una recomendación ascética. Imaginemos que Vd, en la clase, dice a una niña charlatana: "–No cotorrees tanto; deja de hablar, y haz bien tu trabajo!" Y luego vemos que la niña pone todo su empeño en... no–decir–ni–palabra, de manera que luego no quiere decir *nada* ni hablar durante horas a ninguna de sus amiguitas, y que se *sacrifica* sobre todo en no pronunciar palabra alguna.

¿Qué le parecería a Vd.? ¿Fue eso lo que quiso decirle a la niña?

Y si la niña, por motivo de tan forzado silencio, ya no puede hacer su trabajo, ¿no le diría Vd. *–trabaja* y no te preocupes más por callar?

Así también, cuando Jesús amonesta: no reunáis tesoros en la tierra... *sino* en el cielo, entonces vemos que el acento recae en lo último, y que se trata de abstenerse de lo primero. Pero quien se atormenta en ascetismo, hace exactamente como la niña de la suposición: ve en el medio el fin; y el no–reunir tesoros terrenales tampoco es *una buena* obra cuando lo comparamos con el no–hablar de esa niña en el colegio.

Sólo excepcionalmente y por un tiempo, puede ser útil prestar alguna atención a lo negativo (ascética, silencio, etc.), pero siempre para poder emprender *mucho mejor* el lado positivo (buenas obras).

Los apóstoles nunca se hicieron ricos. Tampoco lucharon por ello. Tenían mucho más que hacer. Mas tampoco se hicieron ascetas. No tuvieron tiempo para eso. Tanto se acumulaba en su camino, tanto trabajo en el Reino de Dios, tanto pelear, tanto cuidado y preocupación, que apenas podían atender a todo. Que, ¿¡qué lástima de los tesoros terrenales que hubieran podido "amontonar"!?

¡Oh, no; tenían algo mejor que eso! Sigamos su *fe*, también en esta manera de obrar. Cada uno en la vocación recibida.

Naturalmente el maestro o profesor es más que un hombre de negocios.

Este es el privilegio de los profesores y maestros: ¡que su trabajo no puede ser un negocio!

3. Siervos inútiles

> *"¿Acaso (el señor) da gracia al siervo porque hizo lo que se le había mandado? Pienso que no. Así también vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que os ha sido ordenado, decid: Siervos inútiles somos, pues lo que debíamos hacer, hicimos".*
>
> *Lc. 17:9–10*

La relación del Señor Jesús con su pueblo es tan íntima que las Sagradas Escrituras, para ilustrarla, utilizan imágenes como la relación de esposo y esposa, cabeza y cuerpo, pastor y ovejas, amigo y amigos.

Y por medio de Jesús la relación de Dios con nosotros se hace como la del Padre con los hijos, como la del cabeza de familia con los miembros del hogar. Efesios 2:19.

La Sagrada Escritura también nos da los más hermosos testimonios del pueblo de Dios, al decir: que Sus hijos caminan con Dios, que son la niña de Sus ojos, que son reyes, sacerdotes y profetas; más que vencedores, y todo por Él, que los ha amado y... comprado con Su vida.

Comprados.

Como antaño se compraba un esclavo con el dinero propio.

Jesús nos compró con Su sangre y ESE PRECIO ES EL FUNDAMENTO DE ESA RELACIÓN TAN MARAVILLOSA, lo cual es la causa por la que recibimos coronas reales.

Somos esclavos de Jesús, lo cual es el principio de toda nuestra "gloria". Somos más que vencedores –nos podemos gloriar con el apóstol Pablo–, pero el fundamento de esta heroicidad se halla en: POR ÉL, que nos amó y compró con Su sangre.

Así ocurre también con nuestras buenas obras. Las Sagradas Escrituras nos aconsejan que crezcamos en las buenas obras mucho más *abundantemente*, que aumentemos en ellas. Y el Señor Jesús en el sermón del monte dice, que el Padre, que ve en lo secreto, las *recompensará* en público; y nos hace saber que así amontonamos tesoros en el cielo. También se nos pone delante el ejemplo de Moisés, el cual tuvo puesta la mirada en el galardón (He. 11:26).

Sin embargo, este reunir tesoros viene exigido de forma total por el hecho de que somos esclavos de Jesús.

Nosotros jamás estamos a sueldo como obreros respecto a su señor.

A sueldo se está como el obrero libre respecto a su patrono. Al patrono se le proporciona algún bien mediante el trabajo del obrero, y éste recibe por ello la paga o salario convenido.

Así es como los fariseos presentaban algún bien al SEÑOR: cual hombres independientes, y por eso también esperaban ahora su salario; porque estaban a sueldo.

Pero la situación del esclavo era muy diferente. Si trabajaba para su señor, ese trabajo, en virtud de la ley, no era otra cosa que el rendimiento del precio de compra que aquel señor había pagado por el esclavo. El esclavo era su "dinero" (Ex. 21:21), y por eso, todo lo que el esclavo trabajaba, ya estaba pagado de antemano. No era el esclavo el que aportaba algo bueno al señor. Todo era del señor. ¿¡Qué *daría* ese esclavo a su señor!? Nada tenía que fuera de él; él mismo era totalmente del señor. Un esclavo es inútil –no sirve para nada–, jamás tiene merecimientos por los que pueda presentar reclamación.

Así compró Jesús a Su pueblo. Somos Sus esclavos, y nuestras buenas obras, de suyo, no son otra cosa que el rendimiento de aquel precio tan caro que pagó por nosotros; así que nosotros somos totalmente de Él.

Lo que obramos, ya hace mucho que ha sido pagado por Él. ¿Qué, pues, o qué clase de bien le proporcionaremos?

Nosotros, esclavos, ¿qué le daremos a Él? Nosotros somos siervos, esclavos inútiles; nada tenemos para dar; y tampoco ganamos o merecemos algo, como un esclavo.

Nuestras buenas obras son obras de un esclavo "inútil", el cual solamente puede hacer *obras que él adeuda*, obras que debía hacer.

Esto arroja una luz luminosa sobre el llamado "mérito" de buenas obras: el punto de divergencia entre Roma (la iglesia católica–romana) y la Reforma (las iglesias reformadas). Lo único en que ambas están de acuerdo es en lo siguiente: que "el Padre lo *recompensará* en público".

Nos es permitido *hacernos tesoros* en el cielo.

Nos es permitido ganarnos amigos con las injustas riquezas.

Nos es permitido mirar el galardón, como un sueldo. Jesús juzgará según nuestras obras. Apocalipsis 22:12.

El sarmiento que no lleva fruto, el Padre lo echa fuera. Juan 15:1. Cristo es la vid, sin la cual nosotros no podemos llevar fruto alguno.

Visto superficialmente y por decirlo de un modo práctico, en este asunto hay muy poca diferencia entre católico-romanos y protestantes. Ambos quieren, fundándose en las Sagradas Escrituras, creer que por las buenas obras *les es permitido* reunir tesoros en el cielo; y que el que *podamos hacer esto es gracia*, la cual nos llega únicamente por Cristo. Esto también lo profesan los católico-romanos

Sin embargo, existe –igual que en el terreno práctico – una gran diferencia entre la doctrina de las Sagradas Escrituras y la doctrina de Roma.

Roma enseña, que nosotros, por medio de las buenas obras, podemos *hacernos* esclavos de Cristo; Él consiguió para nosotros esa gracia; Él ha muerto para hacernos *posible* llegar hasta Él mediante nuestras buenas obras. Dios nos ha predestinado a este merecimiento.

De ahí que a los niños de los católicos se les enseñe lo siguiente: –"¿Para qué estamos en la tierra?– Estamos en la tierra para servir a Dios, y mediante esto entrar en el cielo".

También es muy frecuente oírles este razonamiento: – El Señor promete recompensa; pues bien, en ese caso también reconoce que ha sido *merecido* el que las buenas obras den *derecho* a recompensa y, consecuentemente, que nuestras buenas obras sean meritorias; y que éstas sean meritorias también es *gracia*.

Visto desde nuestras relaciones de trabajo más modernas, es lógica: la paga se gana, se tiene derecho a ella, aunque a veces ese derecho descanse en una promesa *graciosa* (: graciable) y aunque se nos haya ayudado dándonos el trabajo por razones de compasión y desinteresadamente. Pero el Señor Jesús nos enseña otra cosa muy distinta.

Los esclavos inútiles nada *merecen*, nada *ganan*. Su trabajo nunca puede aportar algo al señor. Son siervos *inútiles*. Por consiguiente, las obras que están obligados a hacer, jamás son legalmente merecedoras de algo, es decir, meritorias. De ahí que no nos guste hablar de la "meritoriedad" de las buenas obras.

El trabajo de esclavos inútiles no *merece*. Ni incluso aunque el señor les prometa recompensa. Pues esa recompensa... como la llama el Catecismo de Heidelberg...

es recompensa inmerecida, graciosa. (Cf. Cat. de Heid. preg. y resp. 63 del Dom. 24).

Cristo no murió para que por Su gracia pudiésemos merecer la salvación, sino que Él murió por nosotros a fin de *darnos la salvación gratuitamente*, mediante la fe.

Cristo nos *compró*, y por eso, en todas nuestras "obras que debemos hacer" continuamos siendo "siervos inútiles".

Esta es nuestra gloria frente a toda doctrina católica–romana del "trabajo asalariado–por–gracia". Es, en fin, el respeto debido a nuestro Señor.

Nosotros no enseñamos a nuestros niños "a merecer el cielo", sino a *servir* cual siervos inútiles a su Maestro, el cual les compró a precio muy alto, y del que también reciben recompensa graciosa.

4. La petición de pan

> *"No os afanéis, pues, diciendo; ¿Qué comeremos?... Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia".*
>
> *Mt. 6:31–33*

Nadie puede servir a *dos* señores, como esclavo. Porque cuando se halle a disposición de un señor, el otro no podrá disponer de él al mismo tiempo; porque mientras sirva a un señor, tendrá que negarse al otro; él no puede hacer dos cosas a la vez; no puede sembrar trigo para uno, y al mismo tiempo pastorear el rebaño del otro. Así que, en la práctica, debe o no hacer caso a uno de los dos, u "odiarle", y de hecho "traicionarle".

Así es como tampoco dos clases de preguntas vitales nos pueden *dominar*. Es decir, las preguntas siguientes: –¿Cómo reuniré tesoros, qué comeré y beberé, con qué me vestiré?, es prácticamente imposible que dominen nuestra vida junto con estas otras preguntas: –¿Cómo agradeceré a Dios por esta salvación cual un *verdadero* hijo de Dios en el Reino de los cielos?

–¿Qué comeré?

–¿Cómo glorificaré a Dios?

Mammón o Dios.

Servir a ambos es prácticamente imposible, dice Jesús (Mt. 6:24).

Si el pan es *la* petición vital a la que prácticamente todo está supeditado, entonces ya no hay más lugar para las otras peticiones referentes al Reino de Dios y su justicia.

En verdad que así podría haber sido, en el caso de que el Reino de Dios estuviese sometido y dominado por la petición de pan. Pero no es así. Ya que entonces Cristo sería el siervo de Mammón, y habría un solo Señor en el mundo: Mammón, el dinero, ¡"el dólar"!

También podría haber acontecido así: que el afán por el pan sirva a Cristo. Pero entonces Mammón ya no sería señor. Pues no puede ser de otra manera: donde *domina e impera* el afán por el pan, no se reconoce a Cristo como rey; y donde Cristo impera y domina, allí el afán por el pan deja de ejercer dominación.

Así ocurre en la iglesia, en el círculo de los discípulos de Jesús: allí no lo es todo ese afán de pan, etc., etc.

Allí los pobres *son consolados* con algo distinto del pan; los que lloran y se lamentan, con algo diferente que la abundancia; los mansos, con algo distinto al poder del dinero; los hambrientos de justicia, con algo diferente a la justicia social; los misericordiosos, con algo distinto de la recompensa monetaria; los puros de corazón, con algo diferente de lo que aprecian los ricos; los pacientes, con algo distinto a abundancia; los perseguidos, con algo diferente que el rescate; pero todos son igualmente contentados con... recompensa en los cielos. ¿Cómo es posible que se contenten con "una letra de cambio en la eternidad"?

¡Qué extraño! Pero también su tarea es extraña: alcanzar una alta posición en la sociedad, aumentar sus riquezas, vivir desahogadamente, hacer negocios... Nada de esto les está prohibido, mas... no es lo principal, ni predomina ya en sus vidas.

En cambio, ser sal, ser luz, esto es el cometido principal de la vida.

Pero también la medida con que se mide es totalmente diferente.

En el reino de Jesús, en la iglesia, no se mide según las riquezas y honores, sino según la *justicia*.

Allí el odio fraternal hace disminuir las posibilidades y amenaza con la bancarrota (Mt. 5:22 y 26); las miradas impuras ponen en peligro de tener que quedar inválido (5:28–29); el libelo de repudio es un escándalo; y el jurar es ridiculizado como charlatanería impotente (5:36).

No resisten al malo y se *dejan* maltratar; sufren injusticia y... *quieren* ser los más pequeños; aman incluso a los enemigos y oran por ellos; dan limosnas sin hacer publicidad de ello; oran, sin que apenas nadie lo note; ayunan, sin poner caras largas; y atesoran... tesoros en el cielo.

Y, en medio de todo esto, comen pan y beben, y se visten, compran y venden, negocian y pagan en dinero contante –y entretanto ayudan a las autoridades, buscan la justicia y el derecho, honran el matrimonio y edifican sus casas; y... cuando se inquietan por lo que han de comer, beber, vestir, o por los negocios o el dinero... cuando recapacitan y piensan: –¿es eso lo principal en la vida?, entonces llega el Señor Jesús para amonestarles, y les dice: –No os preocupéis, porque vuestro Padre celestial sabe de qué cosas tenéis necesidad, y cuidará de vosotros lo mismo e igual que hace con los pájaros y las flores. ¡Y entonces ellos *creen* en Él!

Y el Señor añade: –Proseguid haciéndoos tesoros en los cielos mediante esas limosnas que nadie sabe, la verdadera oración, el ayuno secreto, el "sí" sencillo, la oración por los enemigos, soportando la persecución y las vejaciones, siendo–el–menor en la convivencia social, soportando la injusticia sin afán de venganza personal –luchando contra el odio y la impureza.

Y ellos, obedientes, van por este camino; y su recompensa será grande en el cielo; y allí no les robará ningún ladrón, ni el orín dañará sus tesoros; tampoco las polillas se acercarán. Para esos animalitos es su vestido y el del rico insensato al cual *dominan* los "negocios", porque sólo conoció una vida y un solo vestido y una sola morada.

Pero para aquellos que conocen la Casa Paterna con muchas moradas, y tienen hambre y sed de la justicia de Dios, y que quieren ser revestidos con la justicia de Cristo, y que incluso tienen una "justicia mayor" que la del mundo y que por ello les cortaron las manos, –para

todos éstos la petición o el afán por el pan de cada día es un ruego entre los muchos ruegos y preguntas de este mundo, y no la que todo lo domina.

Cierto; Mammón es un poder, un dios. Los creyentes lo saben. Pero él no es su *señor*.

Ellos sólo tienen un señor –Jesucristo nuestro Señor–, y saben que Él también es Señor sobre Mammón (: las riquezas).

Por consiguiente, no os afanéis ni preocupéis.

Sírvele a *Él*, y así *no podrás* a la vez servir a Mammón.

Sírvele a *Él*, y de esta forma, por mandato de Él, Mammón te servirá a ti, y aun te granjearás amigos con el injusto y sucio dinero (Mammón), y te ayudará a reunir tesoros en el cielo. La comida, la bebida, el vestido..., todo es vuestro y *vosotros sois de Cristo*. Su propiedad comprada a precio muy alto.

Mammón, referente al tema que tratamos –la petición de pan–, ha decepcionado a muchos que le eran fieles servidores.

Pero Jesús es fiel. Quienes confían en Él, nunca jamás serán decepcionados en su confianza. Tampoco en lo que a la petición del pan de cada día se refiere.

5. Propio o extraño

> *"No aborrecerás a tu hermano en tu corazón; razonarás con tu prójimo, para que no participes de su pecado..."*
>
> *Lv. 19:17–18*

> *"No juzguéis, para que no seáis juzgados,... Hipócrita, saca primero la viga de tu propio ojo..."*
>
> *Mt. 7:1 y 5*

¿Te has dado cuenta alguna vez de la actitud totalmente diferente de un "extraño" y de un "pariente" frente a un hombre caído en pecado? Tomemos, por ejemplo, el caso de una joven vanidosa.

El padre y la madre la reprenden; no pueden ver ni

soportar lo vano y fastuoso, y por este motivo hay continuos disgustos en casa.

Cuando la joven es desobediente, la paz se ve extorsionada por las reprensiones. Esto es muy lamentable. Pero los padres sienten en el alma tal falta de paz, alegría y tranquilidad, tanto que hasta quizá todo eso les tenga desvelados noches enteras. Es lo que hace el *amor*: el amor de un padre y de una madre.

Cuán diferente es la actitud de los extraños, los vecinos, por ejemplo. Ellos *no reprenden*; nada echan en cara a la joven. No les gustaría armar riña ni distorsionar la paz. Prefieren *juzgar*: "Mira ahí va otra vez; tampoco es nada *especial*; ¿qué puede esperarse de alguien así? ¡Ninguna cosa buena! ¡Si fuera mi hija! ¡Ya la adoctrinaría yo!" Y luego, con una sonrisa en la *cara*: "Has oído su última...; ahí llega!" Así se *juzga* y condena; pero no se reprende ni se tiene pena y tristeza acerca de... ¡y se duerme tranquilamente!

Y cuando la pobre criatura quizá tiene una caída, los padres son los que lloran, los mismos que le habían reprendido severamente. Y la extraña noticia se vuelve a poner como prueba de que aquel juicio y condena emitidos eran correctos: –"¿¡no os lo había dicho yo?!" Y entonces se recrean en su propia sabiduría de la vida. *Reprender* es algo que hacen por amor los propios y parientes. *Juzgar* es algo que hacen sin amor los extraños.

Los verdaderos discípulos de Jesús son como "propios" y parientes los unos de los otros; se aman mutuamente como hermanos y hermanas; y por eso frecuentemente se reprenden unos a otros cuando es conveniente y necesario; y esto produce disgusto, intranquilidad, momentos dolorosos, riñas, a veces. Pero el amor no puede proceder de otra manera, no toma en cuenta la intranquilidad que pueda producir.

Los verdaderos discípulos de Jesús también aman en el mundo a sus prójimos –incluso a sus enemigos–, y por eso, frente a sus enemigos y frente a los enemigos de Cristo tampoco pueden callar u ocultar la verdad, y son perennes testimonios contra el pecado, aun a costa de correr el riesgo de ser condenados como camorristas.

Las palabras: "como también nosotros perdonamos a

nuestros deudores", es una piedra de toque muy sensible para conocer a los verdaderos hijos de Dios. Así pues, también este amor al prójimo que no repara, incluso, en los difíciles momentos que pueda proporcionar al prójimo, es algo típico de ellos. Ahora bien, entre los seguidores de Jesús allí en el monte, los había –y también los hay en la iglesia–, que preferían condenar, *juzgar*, y por eso demostraban que eran *extraños*.

Estaban allí como extraños, como lobos con piel de oveja, como hipócritas. De ahí que *ellos* en todo lugar podían juzgar tan severamente sobre sus hermanos; hasta las cosas más insignificantes les daban materia para juicios durísimos. Medían con toda exactitud, –exigían de sus hermanos la medida completa; nada podía faltar; y si encontraban algo –¡una sola mota!–, entonces se recreaban interiormente (como los mencionados vecinos de aquella joven), aunque intentaban poner mala cara a causa de un mal tan grande. Eso lo hace *el odio*.

En el mundo, el odio puede a veces desembocar brutalmente en un diluvio de maldiciones, malos deseos y toda clase de indirectas maliciosas. Pero el odio, dentro de la iglesia del Señor, entre Sus discípulos, debe revestirse de un manto de preocupación por el hermano, mientras juzga *como un extraño*.

El pueblo de Dios puede caer en esto, –pero a cada paso se humilla y arrepiente de ello. Mas los hipócritas nunca cesan de *juzgar* a los demás.

No miden como hermanos –con amor; sino como extraños –con odio. Difícilmente pueden obrar de otra forma, pues no *conocen* a su hermano.

Y así, con la misma medida del extraño les será medido a ellos. Porque Jesús dirá: –Yo no te conozco, apártate de mí.

Sobre el monte, Jesús les amonestó una vez más: –No juzguéis (con ese juicio duro y carente de amor), *hipócritas*; sacad primero la viga (el odio) de vuestro propio ojo.

Y luego –cuando puedas amar a tu hermano según las palabras de Lv. 19:17–18, entonces saca la mota (por medio de la reprensión) del ojo de tu hermano.

¿Qué hacemos nosotros? ¿*Reprendemos* como propios, por amor?

¿O *juzgamos* como extraños, por odio?

Cuando sacamos motas de nuestros hijos, ¿ya hemos sacado *nuestras vigas* de nosotros?

¿No puede ser?

Pero, ¡debe ser! ¡Relee una vez más Mt. 7:2!

Y así debe ser en todos los hijos de Dios, aunque se lamenten mucho de sus fallos en esta materia; porque ellos han de *hacer* lo que NO QUIEREN.

6. El Padre celestial responde a la oración

> *"Pedid y se os dará... Porque todo aquel que pide, recibe. ¿Qué hombre hay de vosotros, que si su hijo le pide pan, le dará una piedra?*
> *Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que le pidan?"*
>
> *Mt. 7:7, 8, 9 y 11*

Jesús, en el monte, habla a Sus discípulos. Les habla como a hijos del Padre celestial. Jesús habla a Su pueblo: a los verdaderos creyentes y a los hipócritas. Y en Su discurso no hace distinción entre "los once" y Judas, entre los hipócritas y los auténticos hijos del Reino.

Los hipócritas, ya en el verso 5 de este capítulo, han tenido que oír palabras profundamente correctivas; y en los versos 21–23 habrán de escuchar aún más. El Salvador les amonestó severamente.

Pero cuando habla de Sus promesas para con Su pueblo, lo hace abiertamente y *de una forma general*. En Jesús, el Evangelio siempre tiene un sentido *amplio*.

Ciertamente parece como si Él nunca temiera que los hipócritas fueran a hacer mal uso de Su Buena Nueva. "Pedid y se os dará".

Nosotros siempre sentimos la necesidad de poner algo de nuestra parte.

Así, por ejemplo, "si oras con *rectitud*, como le agrada al Señor". Jesús, en este pasaje, exactamente dice que

al Señor le agrada dar *buenas dádivas* a Sus hijos, *si se las piden a Él*.

A causa de todos esos razonamientos, que por miedo a hacer mal uso de la oración cometemos, debilitamos, y no poco, esas consoladoras palabras de Jesús.

Por otro lado, al propio tiempo nos empeñamos en *hacerlas extensivas* a todos los hombres. –El que ora, recibe... Un bonito texto para una reunión de evangelización entre aquellos que vuelven la espalda a la iglesia.

Sí; pero... Jesús dirigió estas palabras a *Sus discípulos*, a los *hijos* del Padre celestial.

Es bien cierto, "al que a Mí viene, no le echaré fuera", dice el Señor (Jn. 6:37). Pero, eso no obstante, el "pedid y se os dará" tiene su plena validez, tal y como Jesús lo dijo para Su pueblo, para aquellos que una vez han llegado hasta Él.

Pero si las hacemos extensivas a todos los hombres, empañamos el resplandor que aquí tienen estas palabras para los hijos del Padre celestial.

¿Eres tú ya un hijo de Dios? ¿Tienes realmente necesidad de algo? ¿Necesidad de algo *bueno*? ¿Necesidad del Espíritu Santo (Lc. 11:13), de pan (Mt. 6:26), de vestido (Mt. 6:30), de sabiduría (Stg. 1:5), de todo tipo de cosas por las que normalmente te preocupas y de las que tienes urgente necesidad? (Salmo 55:22; 37:4 y Pr. 16:3). Pues bien, ¡pídelo! ¡Y lo *recibirás*!

No, quizá, si...; a no ser que...; sino, ¡*ciertamente*! Mucho más ciertamente que un hijo recibe alimento de su padre, y no una piedra. Así lo dice nuestro Señor Jesucristo; y Él no puede mentir.

Pero nosotros, como hombres de nuestro siglo, nos ponemos a discurrir. Y en vez de caer de rodillas y pensar: –¿qué necesito, qué pediré, y ciertamente recibiré?–, en lugar de hacer eso, nos ponemos a discurrir: –¿Lo recibiré enseguida? ¡Como si eso fuera lo principal!; y entretanto dejamos de pedirlo, y *no* lo recibimos. Mientras que lo *podíamos* haber recibido. ¡Pero esa "incredulidad" nos priva de tantísimos dones!

Otras veces *discurrimos* así: –¿Recibo *siempre* y de forma *absolutamente* cierta el vestido que pido? ¿y el pan que solicito? Las gentes que consideran la petición del pan

diario como lo más *alto y necesario*, todo lo hacen depender y girar en torno a esta oración. Pues para ellos es el todo en esta vida: ¡tener qué comer! Pero los hijos de Dios saben muy bien –o al menos deben saberlo–, que la petición del pan de cada día ha de dar paso, a veces, a asuntos más importantes. Porque en una casa que se quema nadie se pone a cocer pan: lo que allí está en juego es *pedir salvar la vida*, y no pedir pan.

Así también para Pablo, en los últimos días antes de su condena a muerte, no tenía importancia alguna ni el pan, ni el vestido, ni incluso el salvar su vida. Llegan ocasiones y momentos en los que la oración por el vestido y los problemas terrenales ya no es necesaria.

Y cuando es necesario –cuando los hijos de Dios *tienen necesidad* de esas cosas–, les está permitido pedírselas a Dios, y *ciertamente* las recibirán.

Y cuando no las necesitan, a veces no las piden siquiera, sabiendo por fe que las recibirán de su Padre celestial.

Hijos de Dios, ¿necesitáis algo? –pedidlo y lo recibiréis. Toda clase de *dones buenos*.

Pedid, –sin limitación–, ha dicho Jesús.

Y recibiréis, –sin limitación también.

Como el padre a la mesa dice: –"Niños, pedid cuanto necesitéis", sin limitación.

¿También entonces habrá niños que *razonando* digan: –"Está bien; pero si pido una pierna de liebre, no la recibiré; *de manera que* no pediré nada?" O aquel otro que con cara amargada dijese: "–Por favor, ¿podría obtener una rebanada de pan?"

¿Qué diríamos de tales "hijos"?

Sin embargo, recuerdo muy bien, que yo frecuentemente no me he comportado como un niño normal en mis razonamientos acerca de la oración. Pedid y se os dará. También en nuestro trabajo escolar, y en cualquier otro.

Recurriendo *con fe absoluta* a esta palabra de Jesús a Sus discípulos. ¡Por la fe pueden los hijos de Dios recibir tantísimas cosas!

Porque la fe *no razona ni discurre* acerca de un texto semejante, sino que se aferra al Señor en Su Palabra Como un esclavo recuerda a su señor la promesa que le

hizo, *teniendo siempre por cierto* que su señor es justo y... como tal lo *hará*.

7. La puerta estrecha

> *"Entrad por la puerta estrecha... porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan".*
>
> *Mt. 7:13–14*

He aquí un texto bíblico que agrada a los cristianos "rígidos" que siempre se indignan y escandalizan cuando el Evangelio es anunciado de forma amplia y general. Cuando los esclavos del Rey salen a los caminos e invitan a todos a las bodas: ciegos, cojos, mancos, mendigos, tanto buenos como malos, (Mt. 22:10), entonces dichos cristianos intransigentes se apresuran a decir: –"Sí; pero en realidad no ocurre así; porque es preciso que "se conozcan" muchas cosas, antes de que puedan aceptar la invitación". Y hasta llaman la atención a los predicadores que hacen llamamientos generales a entrar en el Reino de Cristo; porque –dicen– la puerta es *estrecha*, y son *pocos* los que la encuentran.

Y realmente hay predicadores que hicieron caso a esas personas "intransigentes", y en lo sucesivo predicaron el *evangelio–de–la–puerta–estrecha*. Y por cierto, para gran satisfacción de las personas que opinan que ellas fueron hechas salvas por la puerta estrecha de su "camino de arrepentimiento o conversión", de aquéllas que aun esperan ser salvas a través de ese mismo camino.

Sin embargo, las Sagradas Escrituras no conocen ningún evangelio–de–la–puerta–estrecha. Antes bien anuncian abiertamente a toda la creación el Evangelio de Cristo, de la gracia inmerecida y gratuita; y convocan a todos: –Venid, comprad y comed, sin dinero... (cf. Is. 55); y les encarecen diciendo: –Creed en el Señor Jesucristo, y seréis salvos... (Cf. Hch. 16:31, etc).

En la predicación del Evangelio no se habla de una puerta estrecha y de un camino angosto.

Para llegar a Jesús, los caminos están abiertos y ex-

peditos. *No hay ninguna puerta estrecha para lograr llegar hasta Él.* En ningún pasaje de las Escrituras encontrarás cosa semejante. Eso es una ficción o invención humana; una ficción "piadosa" y precisamente por eso igualmente peligrosa aunque parezca "seria" .

Jesús invitó: –Venid a Mí todos los que estáis cargados y trabajados que Yo os haré descansar. Jesús no habla de puerta alguna.

Y en Pentecostés, cuando casi 3.000 personas fueron añadidas a la iglesia, está escrito de ellas, que aceptaron la palabra de Pedro; pero nada se dice de que hubieran de pasar por una puerta estrecha (Hch. 2:41). Esa puerta llegó *más tarde*, –en la lucha de la fe.

Ahí, y para prueba de ello, nos han quedado los relatos acerca de Ananías y Safira, el de Judas, y el de muchos otros que se sentaron en el monte en torno a Jesús y ahora escuchaban con agrado la palabra de Jesús, –pero después le abandonaron. Jesús ha hablado de la puerta estrecha y del camino angosto a *Sus discípulos,* cuando éstos le rodeaban en el monte. También aquí habla nuevamente de una *regla de Su Reino.*

Quien se dispone a edificar una torre, calcula los gastos. Ahora bien, el que en la iglesia hizo profesión de fe, debe conocer la regla del pueblo de Dios: que allí la justicia debe ser más abundante que en el mundo (Mt. 5:20) y también... que hemos de pasar por muchas tribulaciones (Hch. 14:22). No, por cierto; no es cosa fácil.

Muchos están dispuestos a hacer profesión de fe con la boca; y eso está bien; pero... la justicia que Jesús exige, " ¡no, eso no es lo que Él ha querido decir! Pues, ¿acaso nosotros carecemos de toda justicia? ¿que todas nuestras justicias son como pecados resplandecientes?"

A éstos es a los que Jesús, nuestro Señor, ha dicho: –*Os aseguro que no entraréis* (Mt. 5:20), si no tenéis esa justicia. Aquí está la puerta estrecha.

La justicia que Jesús exige: no tener odio al hermano (5:22), estar a bien con todos (v. 25), evitar miradas impuras (v. 28), "sacarse los ojos" si es menester. (v. 29), no desentenderse de los lazos matrimoniales (v. 32) no jurar (v. 34), hablar con sencillez y verdad (v. 37), no ser juez en causa propia (v. 38), saber ceder (v. 40), amar a los enemigos (v. 47).

Jesús pide *perfección* en estas cosas, y exige que nosotros vayamos tras esta perfección (v. 48).

Además, nos pide verdaderas limosnas por amor al prójimo, auténtica oración, ayuno sincero, perdonar a los ofensores, elección entre Mammón o Dios, –entre el Reino de Dios o el dios de las riquezas (cf. Mt. 6).

También prohíbe el *juzgar*–por–odio, y pide oración llena de fe, y ordena aquella regla de oro: –Lo que deseáis que os hagan los demás, hacedlo vosotros a ellos (Mt. 7:12); y luego sigue el versículo 13: "Entrad por la puerta estrecha..."

Por consiguiente, esta puerta estrecha se halla en medio de la vida.

Para toda la iglesia de Cristo.

Y tiene algo que ver con la ascética, pero no con la autodestrucción, y también con el santo Antonio, pero no con Francisco de Asís y con los bondadosos pietistas, no con los "reformados intransigentes y severos".

Todas estas personas se lo han hecho muy fácil. Ellas mismas se han hecho una entrada de religión caprichosa y a su medida.

Pero las más encendidas "sacudidas de conversión" en los avivamientos, son siempre un camino más ancho y una puerta más amplia que el perdón de los enemigos. Las autodisciplinas del monje no son tan "estrechas" como, por amor de Jesús, mantener la promesa de fidelidad conyugal aunque el amor haya desaparecido. Y el "camino de conversión" del pietista siempre es unos palmos más amplio que dejarse cortar la mano (Mt. 18:8) por parte del hombre–del–mundo seguidor de Jesús, que soportar humillaciones, por amor de Cristo, por parte de un joven en su lugar de trabajo.

La puerta estrecha es únicamente para la iglesia de Cristo que ha creído en Él.

Es una *puerta*. Pero también un *camino*. Un camino de vida cristiana.

Es la *entrada* en el Reino por la justicia del Reino. Léase II Pedro 1:5–11. Y sin esa *justicia* nadie entrará; *de seguro que no* (Mt. 5:20).

E incluso muchos de los que había en la iglesia, tendrán que oír: "Apartaos de mí, *obradores de iniquidad* (Lc. 13:24–28).

Y será entonces, cuando ellos llegarán y querrán "entrar" por esa puerta estrecha del morir-al-pecado y del revestirse-del-nuevo-hombre; pero, en aquella hora, la puerta... esa puerta estará cerrada.

Pues el tiempo de correr la carrera se habrá terminado; y el espectáculo ya ha concluido (I Co. 4:9; He. 10:33).

"Quien invoca el Nombre de Cristo, despójese de toda iniquidad". Este es el aviso que podía estar escrito sobre la puerta estrecha para todos aquellos que *por la fe* han "aceptado" a Cristo el Señor y todas Sus bendiciones -también las buenas obras- (Ro. 13:14; Gá. 3:27; Ef. 4: 24; Col. 3.12).

El Evangelio de Cristo es amplio:

Estrecha es "la puerta al Reino".

Pero todos los que aceptan *en verdad* el Evangelio en su amplia y generosa invitación, todos esos también entran por la puerta estrecha e igualmente llegan al final del camino angosto.

De esto se cuida y preocupa Jesús el Señor (Jn. 10:27-28), por medio de Su Espíritu y Palabra. También por medio de esta amonestación. Por tanto, no os desaniméis los que creéis en Jesús. *Entrad* por esa puerta; apresuraos; perseverad, luchad la buena batalla, corred firmes la buena marcha...

Tampoco os desaniméis si llegan "toda clase de persecuciones". Los que son sembrados en tierra pedregosa, oyen la palabra con gozo, mas cuando llegan tribulaciones, caen inmediatamente; y tampoco encuentran la puerta estrecha, y mueren (Mt. 13:21; Ap. 21:8).

Jesús lo dice a Sus discípulos y a Su Iglesia: *angosto* es el camino que conduce a la vida. Y una conocida exégesis de este texto apostilla: "angosto", es decir, no sólo respecto a la nueva *obediencia* que Dios nos exige, sino también porque ese mismo camino está lleno de tribulaciones y luchas. Cf. Hechos 14:22.

Una "justicia más abundante" que la del mundo y las "muchas persecuciones" es lo que hace que la puerta sea estrecha.

Empero no demasiado angosta para los hijos del Reino, pues la carga de Jesús es ligera.

Y ¿qué será lo que nos separe del amor de Cristo por nosotros? ¿Angustia o tribulación...?

En todo esto somos más que vencedores por Él, que nos ha amado (Ro. 8:37).

Por Él pasamos nosotros al Reino.

Pero en modo alguno pasamos por nosotros mismos.

Pues Jesús nos tiene que decir: ¡*Pasad*!

Lo cual no es igual que decir: ¡Dejaos introducir!

Jesús dice: –*Vuestra* justicia debe ser más abundante.

Esto es el reverso de: –toda mi "justicia" está *fuera de mí* en Cristo. Esa justicia viene de Él (la vid) a mí (el sarmiento) para dar fruto.

Quien no quiere entrar por esta puerta estrecha, *de seguro que no entrará*.

8. Edificado sobre arena

> *"Pero cualquiera que me oye estas palabras y no las hace...".*
>
> *Mt. 7:26*

El Señor Jesús termina su sermón del monte con la chocante parábola de la casa edificada sobre roca, y la casa edificada sobre arena.

También en este pasaje hemos de tener muy presente que Él habló a la muchedumbre de los discípulos que con agrado le escuchaban y seguían.

Igualmente aquí, como en el texto de la "puerta estrecha" y de una "justicia más abundante", no se trata de la obtención de la salvación por medio de la fe. Aquí no se trata de la predicación del Evangelio, sino de *la regla del Reino*.

Por eso no se puede decir: La roca era Cristo, el edificar sobre la roca era creer en Él, y el edificar sobre la arena era "aceptar" externamente a Cristo sin que el Espíritu nos haya dado penetración en nuestra pobreza espiritual, porque aquí no se trata de la fe ni de la obtención de la salvación.

Sino que de lo aquí se trata, una vez más, es acerca

de la lucha de la fe, de la perseverancia de los miembros de la iglesia, de caminar en la senda debida, de HACER lo que Jesús ordenó de los *frutos* que el pueblo de Dios debe producir.

Jesús, el Señor, lo dice muy claramante: Todo aquel que oye estas *mis palabras* (de la *regla* del *Reino*, Mt. 5:20 hasta 7:20) *y las pone en práctica*...

Aquí se trata muy concretamente acerca del hacer.

Pero *no de un hacer para ser salvo*. Porque, ¿qué pinta tal persona en la iglesia de Cristo? ¿Qué clase de fe sería esa? No; aquí nos encontramos con el *hacer* de los creyentes.

Empero nos encontramos con "creyentes", discípulos, seguidores de Jesús, miembros comulgantes de la iglesia, maestros, incluso profetas (Mt. 7:15), también un apóstol (: Judas), que... a pesar de todo, NO OBRAN.

Son creyentes con una fe muerta (Stg. 2:26).

Hijos que son bastardos.

Adultos... cerdos, que vuelven a revolcarse en el cieno (II Pe. 2:22).

Cuando a éstos les sobrevienen las persecuciones, las tentaciones y seducciones, entonces caen estrepitosamente; y cuando llegan los aguaceros, las tormentas y las inundaciones de la ira de Dios sobre todo pecado a sus "casas", éstas se derrumban estrepitosamente.

No todo aquel que dice: ¡Señor, Señor!..., sino el que HACE la voluntad de Mi Padre, entrará en el Reino de los cielos.

Hacer la voluntad del Padre, esa es la vida según la regla o norma del Reino, eso es tener más justicia que el mundo, eso es padecer persecución por amor de Cristo, eso es ser sal de la tierra y luz del mundo, y... ser desechado por el mundo, pero mantenerse en pie.

ESTE HACER es auténtica obra, duradera y buena, eso es atesorar tesoros en el cielo, eso es edificar sobre roca.

Y aquellos que –quizá engañados por falsos profetas– no tienen esa justicia (Mt. 7:19) y sin embargo perseveran pacíficamente, han de echarse a temblar ante la imagen que Jesús dibujó del hombre que edificó sobre *arena*. Aquel hombre fue un *necio*.

Y así de necio es todo aquel que en la iglesia de Cristo

no hace las palabras de Jesús referentes a la regla de Su Reino.

Así de necio es todo aquel que pasa de largo esta puerta estrecha.

Así de necio es todo aquel que opina que puede andar en la iglesia confiando vanamente "en la justicia de Jesús", sin que *él mismo* tenga que ir tras la justicia, sin que deba *hacer* según las palabras de Jesús.

Así *de infructíferos* en cosas buenas y sabias son los falsos profetas –los con piel de oveja, (Mt. 7:15) –aquellos que confunden la *justicia del Reino* que viven los píos con la justicia de Cristo, y por eso no HACEN lo que Jesús en el monte tan encarecidamente ordenó.

Ese confiar en la justicia de Cristo con el *abandono* de la justicia del Reino, con el desprecio del *hacer*, bajo el pío razonamiento de que todo tiene que venir de Cristo; ese clamar: ¡Señor!, de nada aprovechará ni servirá (II Ti. 3:5), pues Cristo les dirá: Apartaos de Mí, obradores de iniquidad (Mt. 7:23), no os conozco, nunca os conocí, –será la respuesta de Cristo el Señor. De cierto que no entrarán (Tit. 1:16).

Allí serán desenmascarados los falsos profetas, e igualmente los antinomianos*, que rechazaron la justicia del Reino como "apariencia hermosa"; y también los forofos de Jesús, que arrojaron demonios y profetizaron, pero entretanto olvidaron la justicia del Reino. Y otro tanto le pasará al sufrido pietista, que vio la justicia del Reino en las experiencias sentimentales; y, junto a éstos, los seguidores de K. Barth, que no quieren saber nada en concreto de la justicia humana–cristiana.

Allí están sin el vestido de boda –y quedan mudos. No; el vestido de bodas no hace salvo, –pero, sin embargo, es imprescindible.

Todos aquellos que más o menos siguen a estos (falsos) profetas, harán bien en pararse a pensar lo que hacen. ¿Acaso no estarán edificando una casa *sobre la arena*?

Cuando no HACEN (como creyentes en Cristo y por

---

*Quienes enseñan que Cristo no sólo nos ha conseguido la santificación, sino que también la ha consumado; de manera que no precisamos hacer lo que tampoco podríamos.

Él y por el Espíritu Santo), repito, cuando a ciencia y conciencia no *hacen* lo que Jesús dice en el sermón del monte; cuando a propio intento no HACEN según la regla del Reino; cuando no pasan por la puerta estrecha, –de cierto que no entrarán.

Aquí se hallan las auténticas características de la verdadera fe para arrebatar ese Reino: en el Evangelio según Mateo, capítulos 5 al 7, podemos leerlas o repasarlas; sencillamente, tal y como allí están enunciadas.

Y esta piedra de toque es mucho más pura y genuina que la de vida interior, experimental e íntima, acerca de la cual nuestro Salvador no ha hablado ni una sola vez.

Esta vida también *está* ahí, –si es buena y sana. Mas ella misma no es una característica. Se encuentra *detrás* de las notas características referidas en Mt. 5–7; y es, por tanto, el telón de fondo *psíquico* de las mismas; y es la obra del Espíritu Santo en el nuevo nacimiento y renovación del corazón.

Pero el Salvador no pone a trabajar a Sus discípulos para que escudriñen esa acción secreta del Espíritu Santo, ni tampoco les emplaza para una investigación o examen anímico de lo que "acontece" o pasa en la conciencia. No; Jesús ni siquiera les pregunta: –*¿tenéis* más justicia que el mundo? ¿amáis a vuestros enemigos? ¿pasáis por la puerta estrecha? ¿hacéis lo que Yo dije? No; Jesús no hace tales preguntas. Son demasiado alucinantes y nada prácticas.

Cuán fácilmente se pueden equivocar y, hastiados y cansados, abandonar, diciéndose a sí mismos: –A pesar de todo, no veo nada bueno en mí mismo. (¡Y no sería ningún milagro si llegaran a esta conclusión!). Y cuán fácilmente también tasarían una acción con demasiada severidad y la otra demasiado a la ligera. ¡Cuán imposible es para nosotros el realizar nuestro propio balance espiritual!

No; el Salvador habló como quien tiene autoridad para hacerlo. El *mandó, de forma práctica, –y amonestó*: –*Tened* justicia, *amad* a vuestros enemigos, *orad, dad* limosna, *ayunad, escoged* entre Mammón y Dios, *buscad* primero el Reino de Dios, *no juzguéis, ENTRAD* por la puerta estrecha, y si escucháis estas sabias palabras y las *ha-*

céis, sois sabios. Si *no* lo hacéis así, entonces edificáis sobre arena.

Fijémonos, pues, que aquí no se trata ni viene a cuento "introspección" alguna. Antes al contrario, aquí se nos indica que podemos *comenzar* inmediatamente *con la práctica*.

Y esa práctica pondrá de manifiesto e indicará, más claramente que la luz del día, si nuestra *fe en Cristo* era una fe verdadera.

En caso afirmativo, ese obrar también llegará a buen fin.

En caso negativo, no podemos perseverar y volveremos a caer en el ancho camino donde todo es mucho más fácil.

Que Dios nos libre de eso y nos enseñe a *obrar por fe* y en el santo temor de Él, –también en nuestra labor educacional.

9. "He sido obediente"

> *"Y dirás delante de Jehová tu Dios... no he traspasado tus mandamientos, ni me he olvidado de ellos... he obedecido a la voz de Jehová mi Dios, he hecho conforme a todo lo que me ha mandado. Jehová tu Dios te manda hoy que cumplas estos estatutos y derechos".*
>
> *Dt. 26:13–18*

> *"Así también vosotros, cuando hubiereis hecho todo lo que os es ordenado, decid: Siervos inútiles somos, porque lo que debíamos hacer, hicimos".*
>
> *Lc. 17:10*

Cuando los israelitas piadosos presentaban las primicias de su cosecha en el templo, a la vez debían declarar, por mandato de Dios, lo que leemos en Deuteronomio 26:5–15. En esta fórmula nos llama la atención de manera especial esta declaración: –Yo he sido obediente.

Si el Señor mismo no hubiese ordenado esta fórmula, nosotros ciertamente nos hubiéramos inclinado a pensar

que aquí se trataba de una invención farisaica. Nuestra "piedad" choca aquí contra las Sagradas Escrituras.

Semejantes expresiones *nos* parecen demasiado atrevidas. Ciertamente se necesita mucho *valor* para confesar en público: –"yo he sido obediente", o, si es una iglesia, apropiarse las palabras del Salmo 44:17–18, que dice: "... y no nos hemos olvidado de ti; y no hemos faltado a tu pacto. No se ha vuelto atrás nuestro corazón; ni se han apartado de tus caminos nuestros pasos".

Nuestra piedad moderna conoce solamente dos imágenes de vida: la del fariseo, y la del publicano. Y lo más lógico es que tomemos partido por el publicano. En todos los sentidos, ¡eso es lo más seguro! Y así, constantemente hablamos y decimos – ¡como una cierta muletilla!–: –Yo soy un pecador, yo no tengo justicia alguna!

Y esa clase de "gentes de iglesia", que quisieran decir otra cosa muy diferente, –pues bien, ¡ésos son los fariseos!

La Biblia también habla de Zacarías y Elisabet, diciendo que ambos eran justos para Dios, "caminando irreprensiblemente en todos los mandamientos y ordenanzas del Señor" (Lc. 1:6); y de José de Arimatea, que "era un varón bueno y justo" (Lc. 23:50). Pero la exégesis más nueva de estas frases es la siguiente: –que tales expresiones (provenientes del léxico o lenguaje judío) huelen a fariseísmo. Así también se considera al autor del salmo 44 muy lejos del espíritu del Nuevo Testamento.

Pero de esta forma, nosotros –"pecadores" *modernos*– nos las arreglamos para arrebatar a la Palabra de Dios su fuerza sobre la conciencia mediante nuestra constante figura de publicanos.

Esa fórmula de Deuteronomio 26, y las palabras del Salmo 44 y 119, y ese ejemplo de Zacarías y Elisabet y las palabras de Jesús: "si hiciereis *todo lo que os he mandado*", nos dicen que todo eso en nosotros, los que pronunciamos el Nombre de Cristo, también *pudo* ser así... y que así *debe ser*.

No; no como expresiones generales sobre toda nuestra vida. En ninguna parte las Sagradas Escrituras dan pie al pensamiento de que hay personas perfectamente obedientes. Porque "si el Señor quisiera entrar a juicio, ¿quién podría mantenerse en pie?" No; el israelita que

ofrenda, tiene en cuenta el *ahora* y ese sacrificio que ofrece. El Salmo 44 habla de la permanencia de Israel cerca del SEÑOR; el Salmo 119 habla de la atención a la Palabra de Dios y del hacer según los mandamientos. Zacarías y Elisabet vivieron de tal manera según la regla del Pacto, que nadie pudo objetarles nada, y lo mismo fue el caso de José de Arimatea. Y Jesús pide de Su iglesia: –que *vuestra justicia* (todo lo que manda el sermón del monte) sea más abundante que la de los incrédulos (Mt. 5:20). Nosotros debemos "andar en Sus caminos" (Dt. 11:22, etc, etc.).

Si no nos atrevemos a calificar estas expresiones decisivas de las Sagradas Escrituras como un juicio *general* acerca de toda nuestra vida, deberemos aplicarlas en el sentido que nos enseñan las Sagradas Escrituras, o, de lo contrario, "de cierto que no podremos entrar en el Reino de los cielos".

Con una figura general de publicanos arrepentidos no lo solucionamos todo.

Pues el auténtico publicano oró así: –¡Oh Dios, sé propicio a mí, pecador! Y entonces... volvió justificado, a su casa. Y en la fiesta volvió a subir al templo con sus primicias, y, en tal ocasión, expresó la fórmula de Deuteronomio 26: –yo *he hecho* lo que tú, SEÑOR, me has ordenado; yo he dado al SEÑOR, y al sacerdote, y a la viuda, y al huérfano lo que es suyo. Jesús hace salvos a *pecadores*.

Y publicanos y prostitutas precedieron a los arbitrarios fariseos, porque *ellos* vinieron hasta el Salvador.

Pero no permanecieron prostituyéndose ni como "publicanos" ni como "pecadores". Ellos se convirtieron; y se pusieron a caminar según los mandamientos y a *hacer* la Ley de Dios.

Se dispusieron a *hacer* lo que Jesús mandó en el sermón del monte; y lo hicieron cayendo y levantándose, *defectuosamente*, ahora sí, y luego, no. Ciertamente. Mas, no obstante, lo *hicieron*. Y en el momento que ellos *hicieron* lo que Jesús ordenó, también les fue permitido *profesarlo*. Ahora, y en este aspecto, y en este asunto, y en este *caso concreto*, he hecho lo que Dios ha mandado.

Entonces dice el Señor Jesús: –Pues bien, tú has edificado sobre roca, tú eres sabio, tú me amas, pues quien

me ama, guarda mis mandamientos; y entonces Mi Padre os lo recompensará, y Yo diré: –Bien, siervo bueno y fiel, sobre mucho te pondré, pues has pasado por la puerta estrecha y a través del camino angosto que lleva a la vida.

En la vida cristiana hay altos y bajos. Altos, en los que empujados por la fe y por la esperanza y por el amor, *podemos* y *debemos* confesar: –SEÑOR, yo he sido obediente.

Pero también hay bajos, en los que envueltos en lágrimas de compunción clamamos a Dios: –Yo *no* he hecho, oh Dios, lo que has mandado. Esta es la *auténtica* oración del publicano.

Hallándose en esos momentos altos, la iglesia nuevotestamentaria puede confesar ahora con el israelita de Deuteronomio cap. 26 y con la iglesia del Salmo 44, lo siguiente: –Señor, yo he hecho lo que me has ordenado en el sermón del monte. Tanto ahora, ayer y hoy he apartado de mi vida todo lo que no te agrada (Mt. 5:28), evitando el maldecir, cediendo para evitar escándalos, amando a quienes me oprimían; he dado limosna, he orado sinceramente, he ayunado espontáneamente, abandonando todas mis preocupaciones por el pan y buscando solamente Tu Reino, no he juzgado al hermano por odio; he hecho a mi prójimo lo que deseaba que éste me hiciera a mí; yo he buscado la puerta estrecha.

Es maravilloso cuando la iglesia –y cada creyente en particular– puede hacer una confesión semejante.

Pero es horrible, donde esto no puede ser, porque no es así. Allí está la muerte.

Y, sin embargo, el *arrepentido* publicano volvió justificado. ¡Eso también es maravilloso!

En los momentos bajos volvemos a tener necesidad de Jesús; y adorarle a Él como nuestro garante y Fiador es la mayor dicha y bienaventuranza.

¿No sería conveniente que mutuamente nos apeáramos de nuestros envanecimientos, e igualmente que nos ayudáramos a salir de esas depresiones desde las que clamamos: –Ten piedad de mí, pecador?

¿Esa euforia es tan peligrosa para personas que, como Pablo, frecuentemente hacen lo que no quieren? ¿No habría aquí un peligro de soberbia?

¿No discutieron los apóstoles acerca de quién era el mayor?

¿No hubo muchos cristianos que en los primeros siglos buscaron el martirio como un honor? ¿No tuvo y tiene la iglesia católica romana sus monjes y almas devotas a los que consideró (y considera) como *algo especial*? ¿No tiene el pietismo sus "personas extraordinarias" que van de iglesia en iglesia proclamando con la mejor intención: –¡Yo he nacido de nuevo, o soy una nueva criatura!", y preguntando: "¿En que situación se encuentra Vd.? Adelántese, y confiese de una vez, ¿qué ha acontecido en su interior?" ¿Acaso no conoce el metodismo sus "héroes por Jesús", quienes en la práctica de la vida con el prójimo frecuentemente fueron muy egoístas en pro de su ideal? ¿Acaso los "reformados" no se creen alguna vez superiores a los demás cristianos?

En toda la Cristiandad aparece, en una especie de santidad experimental, en una santidad de doctrina, en una santidad por las obras, en toda la llamada santidad *especial*, aparece –repito– algo que choca y repugna: Es que en todo lo dicho se mezcla la influencia "humana", el sentimiento del corazón. Todos caemos en ello con mucha frecuencia.

Por tanto, ¿no vamos a acabar con todo esto, para que de una vez vivamos y hablemos como la iglesia de todos los tiempos? Si hemos hecho lo que el Señor mandó, ¿nos limitaremos a decir: yo no soy más que un pobre pecador, y con eso basta?

Semejante "figura de publicano" podría convertirse en una "afectación", lo que equivale a decir: una mentira. Pero nuestro Señor Jesucristo nos indica un camino mejor.

Una vez que hayas hecho lo que se te ordenó, di sencillamente: –Yo soy *un siervo inútil*; porque he hecho lo que *tenía que* hacer, lo que *debía* hacer.

Esclavos de Jesús, comprados por Su sangre, que no han hecho nada *"especial"*, sino únicamente lo que, como *deudores*, debieron hacer.

Pues bien, de esta forma podemos estar en las horas altas de Dt. 26 y de los Salmos 44 y 119, y al mismo tiempo estar libres de esa aureola de santidad *"especial"* que rechaza y tilda a los demás. Y de esta forma también podremos difundir un suave olor como el ungüen-

to sobre la cabeza de Aarón, como el rocío del monte Hermón, a causa del amor al Señor que nos *compró*.

¡Cuán sencilla y verdadera es la Palabra de Dios!

Enseñemos, pues, a nuestros hijos ambas cosas: a) –Yo *no* he hecho lo que me has ordenado, ¡sé propicio a mí, pecador! Y, b) –Yo he hecho lo que me has mandado, ¡como *vuestro esclavo*, oh *Señor* mío!

Como corresponde a un esclavo inútil, no he hecho nada "*especial*". Fue un trabajo, una obra *buena*; sí, pero una obra *debida*, *adeudada*. Nada "especial" ni extraordinario.